

y se agiganta, nutrida por el aliento de la libertad; y en tanto que, por el saludable sentimiento de la propia conservación, la tomamos como maestra y nos adiestramos para hacer como ella, los manes de Zavala, que no aspiraba á otro ideal, yacen inultos en las gemonías del oprobio, esperando, tal vez en vano, la hora de la vindicación.

A Yucatán somos deudores de un excelente libro de viajes, en el que lo ameno alterna con lo instructivo, como que es producto de la pluma del ilustre D. Justo Sierra. Titúlase: *Impresiones de un viaje á los Estados Unidos y al Canadá*, y viene á ser, al cabo de quince años, á manera de continuación del libro de Zavala.

ORATORIA

Una república, una democracia muda, es inconcebible. La cosa de todos, *res pública*, debe ser por todos examinada y discutida por todos, si no directamente, si por sus órganos, ora oficiales, ora independientes. La oratoria es, en este concepto, el complemento del periodismo. Mientras que aquélla se ejercita en las asambleas populares ó representativas, éste difunde por los cuatro vientos las ideas que en ellas tronaron por voz de sus oradores.

Las democracias, que son vida, movimiento y acción, han menester, para no ser torbellinos fatalmente agitados, de fuerzas directrices que orienten su impulso.

Hablamos ya del periodismo; toca su turno á la oratoria.

Expresión de la conciencia pública, su misión es la de constituirse en intérprete de los altos intereses sociales, abogando, fiscalizando ó decidiendo como juez. Allí donde hay un interés comunal que hacer prevalecer, donde se manifiesta un derecho desconocido ó lastimado, donde apunta la necesidad de crear nuevas condiciones de vida nacional, donde asoma una amenaza ó un peligro para el decoro, la honra ó la integridad de un pueblo, allí estalla el grito de la oratoria para demostrar y convencer, absolver ó condenar, iniciar ó persuadir, irritar y encender, según la naturaleza del sentimiento que haya necesidad de poner en acción. Sólo en una ocasión enmudece la oratoria: en los funerales de la Libertad.

República y democracia, como somos, la oratoria ha tenido campo, y á Dios pluguiera no hubiera sido tan vasto, en que ejercitarse, y se ha ejercitado brillante, espléndida, deslumbradora.

Tan numerosos han sido nuestros oradores de talla, que no cabe dar idea de cada uno de ellos ni en las estrecheces de la semblanza.

De todos los géneros literarios, la oratoria es el único del que no puede hablarse con acierto por la simple lectura. Cuando aceptamos que Demóstenes y Cicerón fueron los más grandes oradores de la antigüedad, procedemos más por la opinión recibida que por lo que nos enseñan las arengas y discursos de esos dos inmortales, tal como la imprenta nos los da hoy á conocer.

Juzgar de un orador sin haberlo visto y oído en la Agora, en el Senado, en los Rostros, en la Convención ó en la Asamblea, sería tanto como consentir á un ciego nato que juzgara de la luz. Así, pues, al traer los nombres de los oradores que gozan en nuestra historia reputación de tales, en tal ó cual grado de prominencia, nos atenemos á lo que ha sancionado el fallo de la tradición, sin quitarle ni ponerle.

Natural es que estos oradores hayan florecido en los tiempos en que los grandes intereses públicos se han agitado, reclamando soluciones apremiantes, y no en los tranquilos y normales, en que la meditación y la calma son dueñas del tiempo y de los acontecimientos.

Nuestros primeros oradores apuntaron, por tanto, en nuestras primeras asambleas deliberantes, y tienen por precursor al licenciado Verdad, que en pleno imperio de la política de derecho divino, osa proclamar, con la elocuencia del valor, del saber, del talento, de la convicción y de las más altas aspiraciones del patriotismo, la doctrina inaudita de la soberanía popular.

Conquistada la independencia, vienen los congresos que han de constituir á la nación sobre las bases del Plan de Iguala, el primero, y el segundo á la República.

Se alzan entonces en la tribuna parlamentaria D. Miguel Ramos Arizpe, D. Manuel Gómez Pedraza, don Lucas Alamán, el primero y el último contrapuestos en principios; Ramos Arizpe, invocando el sol

del nuevo día, con el cortejo de promesas que debe realizar, federalista apasionado que cuenta por tenientes á D. Prisciliano Sánchez, el benemérito organizador del Estado de Jalisco, á D. Manuel Crescencio Rejón, vehemente y agresivo, á D. Juan de Dios Cañedo, cuya elocuencia fué impotente para detener el puñal de sus asesinos; Alamán, ganando aplazamientos que su habilidad sabe hacer valer; Gómez Pedraza, ambicioso disimulado, que contemporiza, pero no pacta, con los dos partidos extremos.

Zavala, por su parte, se defiende, avanzando, del ataque de sus adversarios, y sube muy alto, para caer más tarde herido de su propia mano, al lastimar con lesión profunda é incurable la Carta fundamental de la República.

Jamás el partido de los liberales moderados contó con servidor más sincero, más firme ni más impetuoso que D. Mariano Otero. Diserto y elegante en las columnas de *El Siglo XIX*, es elocuente en la tribuna, en la que su moderación no tiene poder de reprimir sus arranques.

Afliado en la misma escuela que Otero, D. Luis de la Rosa nunca llega á la vehemencia. Causa horror á su carácter templado todo lo que es excesivo, razón friamente, sin que falten á su palabra, gravemente apacible, destellos de fantasía; él, como Otero, fué desinteresado patriota.

¿Y qué decir de Llaca? Llaca es la probidad elocuente: por alto que sea su diapason, resultan aún más altos su honradez y su valor; había convencido y por eso convence. No titubea, no contemporiza y va derecho al fin que persigue: hacer de su patria una tierra libre y digna; del gobierno, la expresión genuina de la voluntad nacional. Por desgracia, aun no sonaba la hora de los grandes caracteres.

Don José María Tornel, correcto en la frase como en el porte, fluctuando en las fronteras de las opiniones en conflicto, carece de decisión; mas su simpática figura, su palabra fácil y bien preparada, asegúrale acogida benévola en la tribuna, que si no ilustra, no deja desairada.

Nuestros desastres en la guerra con los Estados Unidos de Norte-América, pagados con nuestra humillación y nuestra vergüenza, revelan en el Congreso de Querétaro á un orador potentísimo: al diputado don José María Cuevas, que se arranca á las garras de la muerte, se hace conducir á la asamblea, sube trabajosamente á la tribuna, y allí, intérprete de los corazones fuertes que á la honra y á la dignidad de la patria posponen todos los bienes de la tierra, prorrumpen en elocuentísimo discurso, como jamás vibrara en labios mexicanos. Aquella su palabra trémula, apagada, más acento de la tumba que de espíritu viviente, es queja, es deprecación, gemido, anatema, conjuro, grito de guerra, de titán que aun tendido en tierra, no se rinde al hado, no capitula con el vencedor. Y la pérdida causa de la guerra alcanza el voto de una minoría, que si lo es sólo relativa por el número (1), es mayoría por su significación, por el valor intrín-

(1) Treinta y cinco votos contra cincuenta y uno.



D. Ignacio Cúmplido

seco que aquilata el de aquellos denodados mexicanos que prefieren la muerte á la ignominia. Y la voz de Cuevas no se oyó más: su discurso fué la oración fúnebre de la mutilación de la patria, á la que tan grande alma no podía sobrevivir.

De otro Cuevas, de D. Luis Gonzaga, hay que hacer mención. Partidario de la paz, fué uno de los que la signaron en Guadalupe, por irónico sobrenombre, Hidalgo. Conspicuo miembro del partido tradicionalista, como orador perteneció á la escuela doctrinaria, y dejó reputación de hombre recto y desinteresado.

Viene ahora nuestro gran poeta, D. Guillermo Prieto. Pasado ya el período en que, ora en el periodismo, en el destierro ó en la tribuna, y hasta en la cárcel misma, luchó sin tregua ni miedo por las libertades públicas y los grandes intereses de la civilización, retirado á su tienda, como el héroe griego, escuchaba el estrépito de los debates sin terciar en ellos; mas si á sus oídos llegaba un aserto, una frase, un concepto que en algún modo lastimara la integridad del credo liberal, allí saltaba, en aquel punto se entraba en la pelea, y era de oírle, balbuciente á los comienzos de su discurso, rastreando á manera de quien busca los olvidados arreos, para ir luego subiendo el diapason, hasta prorrumpir en los admirables ditirambos que su inagotable lirismo le sugería. Y su palabra asumía todo su impulso ascendente, cuando, cerrados los ojos cual si quisiera percibir con mayor perspicuidad sus ideas, perdida la percepción del mundo externo, remontábase á las alturas á inspirarse en los divinos arquetipos.

El Constituyente de 1856, llamado á dar forma á los ideales de la revolución, fué lugar de cita para las más elevadas capacidades del partido liberal. La palabra, antes amordazada, hallaba ocasión de resonar franca, poderosa y rotunda, en aquella asamblea adrede convocada para dar cimiento y base á los principios de la democracia y del derecho humano. Allí se distinguen Zarco, Ramírez, D. Isidoro Olvera, don Ponciano Arriaga, y tantos otros. Mas es Zarco quien á todos sobrepuja, no precisamente por la superioridad intelectual, en la que no puede dejar en zaga á Ramírez, *el Nigromante*, sino por sus dotes de orador, en las que ha habido muy pocos que le igualen, y acaso uno que otro que le aventaje.

Dueño de un arsenal abundantemente provisto, en que no hacía falta arma ninguna, sabía usarlas á discreción, desde el razonamiento frío hasta la prosopopeya, la sátira y la ironía, distinguiéndose singularmente en el uso de esta última. Hay epigramas suyos que aun viven y que han dejado marcado con el ridículo las personas ú objetos á que los aplicó. Fué privilegiada su memoria, como bien lo acredita el haber escrito la *Historia del Congreso Constituyente*, sin necesidad de taquígrafos, narración que ha de ser verídica, tanto por el hecho de no haber sido por nadie contradicha cuanto porque sus pasajes son citados sin reserva por miembros muy distinguidos de aquella asamblea.

A Ramírez hay que colocarlo inmediatamente después de Zarco, pues si bien sus dotes exteriores ó físicas no lo apropiaban para la tribuna, que su voz, aunque de grato timbre, era débil y nula su acción, sus razonamientos, que enunciaba sin aparatos, mas en forma castiza, la lucidez, la diáfana profundidad y el alcance de ellos que hacía á todos percibir, solían ser motivo de que á él correspondiera el honor de pronunciar la última palabra de un debate.

Promulgada la Constitución del 57, quedaba ya construido el nido de águilas para la cría de oradores; y, en efecto, brotaron lozanos y potentes.

Don Ignacio M. Altamirano venía de las montañas del Sur, cargados sus juveniles hombros del mundo de ideales que acababan de relampaguear en las cimas de su tierra nativa. Abundante la palabra, sonoro el timbre, nueva la idea, apasionado el sentimiento, su elocuencia era impetuosa, á las veces con violencias de tempestad, dantoniana, rasera en la justicia, soñadora en la democracia, que proclamaba como fórmula sin cortapisas, en medio de multitudes que le aplaudían sin comprenderlo.

Sabio, que sabe que lo es, mal género de sabios; clásico empapado de Tácito, de Tito Livio, de Horacio y de Virgilio, favorecido por su prestancia oratoria, voz extensa, voluminosa de bajo profundo, solemne en el decir, con un *córam vobis* digno de la tragedia, D. Ezequiel Montes ganó fama en vida y murió con ella, de gran orador. Que lucía, no quepa duda, y sabía como nadie ingerir en el comentario de un texto constitucional ó en la discusión de los acontecimientos del día, bien una sentencia de los historiadores y filósofos ó ya una imprecación, ó un epifonema de los grandes poetas de Roma.

Don Joaquín Ruiz, á la inversa de su predecesor, se presentaba exento de todo alarde. Llano, claro, conciso, mas en tal modo apremiante y decisivo en la argumentación, que acallaba réplicas, y si no convencía, derrotaba.

No era un latino; más bien habríase tenido á D. José María Iglesias por amamantado en la elocuencia sajona. Con saber de beneditino, modestia de atleta, integridad estoica, acrisolado patriotismo y abnegación ejemplar, sus talentos tenían por base, esa que es incommovible, la virtud. Fiel compañero de Juárez en el infortunio, recogió con Juárez la gloria del triunfo. Probo y entendido en el manejo de las finanzas nacionales, no lo fué menos en las diversas gestiones que durante la guerra de intervención, y, después de ella, tuvo á su cargo; mas si á tamañas cualidades debió la respetabilidad que todos le reconocieron, no fueron ellas las que le conquistaron el renombre de orador: vino de las personales condiciones que de la naturaleza recibiera. Correcto y nítido en la dicción, reposado en la manera, seguro en el asunto, lógico correctísimo, ibase derecho al adversario, lo contundía, lo acorralaba y postrábase vencido.

Preñada de veinticinco alfileres, pulcra, aflagranada, oratoria de abogado aristócrata era la de D. Rafael Martínez de la Torre, cuya voz meliflua de tenor de fuerza, adulaba el oído. Sus opiniones iban siempre envueltas en la autoridad de los textos que para apoyarlas invocaba. El solo anuncio de que iba á hablar en el Congreso era un reclamo para palcos y galerías, que no daban espacio para el numeroso público que acudía solícito á escucharle.

Ojos de topo é inteligencia de águila, tal fué D. Justo Mendoza. Su voz apagada fluía de sus labios como el agua cristalina de inagotable manantial, y tal era el prestigio de su oratoria, que para

no perder una sola sílaba de sus discursos los diputados se apiñaban alrededor de la tribuna. Su elocuencia pertenecía á la propia cepa de la del ilustre diputado D. José María Cuevas, con la diferencia de tiempo y de circunstancias. Tocaron á aquél en lote horas de adversidad, de derrota y de humillación; á éste días de esplendor y de triunfo. Hombre de gobierno y jurado á las instituciones de la República, en su expresión más avanzada, su palabra llevaba impreso el sello de un impecable sentido práctico.

Lanzado de su puesto de gobernante por las intrigas de facción, D. Francisco Hernández y Hernández vino á alzarse en la tribuna parlamentaria. Melena de león, ojos grandes y lucientes como el acero bruñido, tórax de gladiador, voz estentórea como el trueno, tales eran las condiciones físicas de este orador, que se hizo notar por la presteza de la concepción, la oportunidad de sus réplicas y el arresto con que abordaba las cuestiones más escabrosas, sin que fueran parte á debilitar esas cualidades ni el desaliño é incorrección de lenguaje ni la pobreza de conocimientos, que no curaba de disimular.

No fuera de justicia pasar en silencio á un grupo de oradores que, á guisa de capitanes de escaramuza, hicieron armas con lucimiento en las justas de la palabra.



D. Luis Gonzaga Ortiz